

**JUNIO 24 DE 1937**

**7ª REUNION — Continuación de la 3ª SESION ORDINARIA**

**Presidencia del doctor JULIO A. ROCA,**

**Vicepresidente de la Nación**

**y del doctor GUILLERMO ROTHE,**

**Presidente de la Comisión de Negocios Constitucionales**

**Senadores presentes:** Alberto Arancibia Rodríguez, Mario Arenas, Mario Bravo, Carlos A. Bruchmann, Raúl Ceballos Reyes, Francisco R. Galíndez, Héctor González Iramain, Laureano Landaburu, Eduardo Laurencena, Lucio López Peña, José Heriberto Martínez, Alfredo L. Palacios, Guillermo Rothe, Antonio Santamarina, Gilberto Suárez Lago, Juan R. Vidal.

**Senadores ausentes, con licencia:** Matías G. Sánchez Sorondo, Carlos Serrey.

**Senador ausente, con aviso:** Juan José Lubary.

**Senadores ausentes:** Rudecindo S. Campos, Aldo Cantoni, Atanasio Eguiguren, Alberto Francisco Figueroa, Manuel García Fernández, Robustiano Patrón Costas, Jorge J. Pinto, Carlos R. Porto, Benjamín Villafañe.

---

**SUMARIO**

---

**1.—Asuntos entrados:**

**I.—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, por el cual se instituye el Día de la Bandera.**

**II.—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, por el que se prorroga por tres meses el plazo establecido en el artículo 169 de la ley número 12.345 (presupuesto vigente), durante el cual quedarán en suspenso los efectos del convenio con la provincia de Entre Ríos, de fecha 10 de enero de 1899 y de la ley número 3.783 (deuda de Entre Ríos).**

**III.—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, sobre reintegro a los derechohabientes de las sumas substraídas dolosamente de cuentas pertenecientes a juicios en trámite ante el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil, número 2, de la Capital Federal.**

**IV.—Mensaje del Poder Ejecutivo, acompañando copia de los decretos por los que se aceptan las renunciaciones presentadas por los doctores Ramón S. Castillo y Roberto M. Ortiz del cargo de ministro del Interior y de Hacienda, respectivamente, nombrándose interinamente en el Departamento del Interior al ministro de Obras Públicas, don Manuel R. Alvarado.**

**V.—Mensaje del Poder Ejecutivo, acompañan-**

do copia del decreto por el que se nombra al doctor **Carlos Alberto Acevedo**, ministro de Hacienda de la Nación.

VII.—Comunicación oficial.

VIII.—Constitución de comisiones.

IX.—Comunicación de comisión.

IX.—Peticiones.

- 2.—Licencia al senador Villafañe para faltar a varias sesiones, por razones de salud.
- 3.—Proyecto de resolución del senador **López Peña**, sobre nombramiento de una comisión que estudie la situación actual de la industria azucarera.
- 4.—Proyecto de ley de los senadores **Rothe y Landaburu**, sobre cesión a la **Sociedad Alemana de Beneficencia** de un terreno situado en la **Capital Federal**, calle **Azopardo** esquina **Independencia**.
- 5.—El senador **Palacios** da término a los fundamentos de su proyecto de ley que destina la suma de \$ 15.000.000 m/n. anuales para la protección de los niños en edad escolar, especialmente en las provincias del Norte.
- 6.—Apéndice: Inserciones solicitadas por el senador **Palacios**.

—En Buenos Aires, a los veinticuatro días del mes de junio de 1937, siendo la hora 16 y 10 minutos, dice el

**Sr. Presidente.** — Continúa la sesión.

## 1

### ASUNTOS ENTRADOS

**Sr. Presidente.** — Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

## I

—Se lee:

Buenos Aires, junio 21 de 1937.

*Al Honorable Congreso de la Nación.*

El Poder Ejecutivo tiene el honor de dirigirse a vuestra honorabilidad sometiendo a su consideración el adjunto proyecto de ley, por el cual se instituye el Día de la Bandera, señalándose al efecto la fecha anual del 20 de junio.

El culto de los símbolos de la nacionalidad está impuesto por el sentimiento de amor a la patria y a sus instituciones. El pueblo argentino ama su bandera y la historia nos enseña que desde su creación ha visto en ella el símbolo de su propia gloria, el vínculo de unión entre todos los pueblos que forman la República, y la síntesis de todas sus aspiraciones de progreso, de paz y de armonía social. Los colores de nuestra bandera flamean en millares de edificios públicos dise-

minados en toda la extensión del territorio argentino, al tope de nuestros barcos de guerra, al frente de nuestros regimientos, y lucen en los días de la patria sobre el pecho de millones de hombres, mujeres y niños que pueblan los ámbitos de la Nación.

Con el adjunto proyecto de ley, el Poder Ejecutivo, aspira a intensificar el amor del pueblo hacia su emblema, acrecentar esos homenajes que brotan espontáneamente en cada pecho y unificar en una fecha anual el homenaje conjunto de toda la Nación a su símbolo supremo en armoniosa e integral coincidencia de todos los corazones argentinos.

Recogiendo sugerencias que han llegado al Poder Ejecutivo procedentes de centros patrióticos y entidades culturales, y cumpliendo un acto de justicia póstuma, se ha fijado la fecha del 20 de junio para establecer el Día de la Bandera, por coincidir en ella el aniversario de la muerte de su creador, el general Belgrano, cuya vida y cuya gloria están identificadas con la bandera nacional.

Con estos sentimientos el Poder Ejecutivo envía a vuestra honorabilidad el adjunto proyecto de ley, cuya sanción os recomienda.

Dios guarde a vuestra honorabilidad.

AGUSTÍN P. JUSTO.  
Ramón S. Castillo.

### PROYECTO DE LEY

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1º — Declárase Día de la Bandera, el 20 de junio.

Art. 2º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Ramón S. Castillo.

—A la Comisión de Negocios Constitucionales.

## II

—Se lee:

Buenos Aires, junio 19 de 1937.

*Al Honorable Congreso de la Nación.*

Tengo el honor de dirigirme a vuestra honorabilidad para solicitarle la sanción del adjunto proyecto de ley que prorroga el plazo establecido en el artículo 169 de la ley número 12.345, durante el cual quedan en suspenso los efectos del convenio sobre arreglo de la deuda de la provincia de Entre Ríos con la Nación.

Como recordará vuestra honorabilidad, la suspensión de referencia fué dispuesta a raíz de gestiones hechas por la provincia de Entre Ríos para que se sometiera a un nuevo examen el convenio de 1899, que según sostiene la provincia, contiene diversos errores.

Los múltiples asuntos a estudio del Ministerio de Hacienda no han permitido terminar, dentro del plazo acordado, el examen de las cuestiones relacionadas con dicho convenio, que son de complejidad considerable. Dado que esta demora no es imputable a la provincia, el Poder Ejecutivo estima que no sería equitativo aplicar

luero, sino dedicada exclusivamente a objetos de beneficencia.

Las sociedades a que acabo de hacer referencia, presentaron oportunamente al Honorable Senado en el año 1934 una petición en términos análogos a la que se refiere el proyecto de fundamento, solicitud que pasó a la Comisión de Hacienda y caducó en virtud de lo dispuesto en la ley número 2.714, sobre caducidad de expedientes. En esa solicitud consta la conformidad de las otras dos sociedades para que el terreno se escriture a nombre exclusivo de la Sociedad Alemana de Beneficencia.

Por el artículo 1º del proyecto que he tenido el honor de presentar, se concede a la referida sociedad el terreno de la calle Azopardo números 816 y 820, esquina Independencia, de poco más o menos 418 metros cuadrados, que actualmente ocupa a título precario con el edificio construido a su costo.

Por el artículo 2º del proyecto se deja constancia que dicho terreno volverá al dominio de la Nación en caso de variarse los fines actuales de esa institución, que como he dicho son puramente de beneficio.

Solicito del Honorable Senado el apoyo necesario para que este proyecto pase nuevamente a la Comisión de Hacienda.

*Guillermo Rothe.*

## ANTECEDENTES

### Ley N° 3.405

#### Concesión de terreno para asilo de marineros

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo para conceder al Buenos Aires Sailors Home o Asilo de Marineros, en los terrenos del Puerto de la Capital, un área de treinta metros por cincuenta, destinada a levantar el edificio y hacer las instalaciones de dicha asociación.

Art. 2º — En caso de variarse los fines de esa asociación, o ser destinado el terreno a otro objeto que el expresado en el artículo anterior, volverá al dominio de la Nación, con todos sus accesorios.

Art. 3º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, a 28 de septiembre de 1896.

—A la Comisión de Negocios Constitucionales.

**Sr. Presidente.** — Tiene la palabra el señor senador por la Capital.

## 5

### PROTECCION A LOS NIÑOS EN EDAD ESCOLAR. — PROYECTO DE LEY DEL SENADOR PALACIOS

**Sr. Palacios.** — Continúo mi exposición.

El problema planteado angustiosamente por las provincias argentinas pobres, es de difi-

cil solución. Se trata, en realidad, de un encañamiento de problemas y será menester una acción inteligente y vigorosa de todos para resolverlo.

Yo no soy suficientemente petulante para creer que traigo al Senado la solución de todas estas cuestiones, tan complejas y tan graves.

Me he ocupado con preferencia durante mi actuación parlamentaria de lo que se refiere a los niños.

Son de mi iniciativa —perdóneseme esta pequeña vanidad— las leyes que reglamentan el trabajo de los menores, la que sanciona el reposo de las madres obreras para defender al niño antes de nacer, y la que ha creado el Departamento Nacional de Maternidad e Infancia.

Aspiro, ahora, con un gran anhelo de argentino, a que los señores senadores sancionen esta iniciativa que si no abarca la totalidad de los problemas, tiende, y esto es de enorme importancia, a impedir la desnutrición infantil y a asegurar a los pequeños un estado higiénico que evite el desarrollo de las enfermedades.

El estudio detenido que hice de las provincias del Norte, respecto a sus condiciones físicas, económicas y sociales, me permite afirmar que podemos salvar a los niños si la Nación va en su ayuda.

Son niños argentinos, señores senadores; son todos argentinos, y su situación es desesperante como lo he demostrado.

Yo no he presentado este cuadro de horror para humillar a nadie, ni siquiera para formular un solo cargo, lo que no sería leal.

Al contrario, afirmo que en las provincias los gobernadores, los funcionarios, los maestros, admirables en su abnegación, todos, realizan esfuerzos para atenuar la desgracia de los niños, pero afirmo, también, que ellos solos no podrían hacerlo.

- Es absolutamente indispensable la ley nacional para que por intermedio del Consejo Nacional de Educación, a cuyas autoridades competentes y honorables yo aplaudo, se realice una acción educativa y sanitaria conforme a las bases de este proyecto.

Hasta ahora, aparte de los comedores escolares que con tanto acierto hace funcionar el Consejo Nacional de Educación en la Capital, y los que por orden del ministro de Guerra funcionan en algunos cuarteles, lo que para mí

tiene un hondo significado, el único elemento de solución que se ha puesto en práctica para combatir la desnutrición infantil es el de la beneficencia oficial o privada, generosa, sin duda, pero que no aplaudo por ineficaz y acaso alguna vez, perjudicial, del punto de vista moral.

Así lo considera, también, la Federación Argentina de Sociedades Populares, en un interesante informe que firma el eminente profesor Whérfield A. Salinas y el ilustrado docente José Alarcón, y que solicito se inserte en el Diario de Sesiones. (1)

La acción que no se coordina es de mezquinos resultados. Por eso considero indispensable una dirección única que no puede ser, que no debe ser otra que la del Consejo Nacional de Educación, que, sin duda, presenta todas las garantías para la realización de una obra fructífera. Tal es el pensamiento que informa mi proyecto.

El Consejo Nacional de Educación hace funcionar 30 comedores escolares en la Capital. El ingeniero Pico, al inaugurar, hace pocos días, los últimamente establecidos, afirmó que a las escuelas de esta ciudad llegan 30.000 niños mal nutridos y alrededor de 6.000 con una alimentación deficientísima.

Esto, señores senadores, en la opulenta Buenos Aires. ¡Con qué claridad se explica el espectáculo desolador de las provincias del Norte!

El presidente del consejo, que muestra una dedicación encomiable por la solución de este problema, que tiene la colaboración de educacionistas como Rezzano y Quirno Costa, desgraciadamente, carece de recursos para ampliar su obra, de manera que llegue al interior de la República.

- «Las asociaciones cooperadoras —dijo el ingeniero Pico— realizan una importante función, pero sólo pueden ejercer una acción realmente eficaz en las zonas ricas, donde viven personas pudientes, mientras que en las pobres, especialmente en los suburbios, su acción es sumamente limitada, por deficiencia de recursos. La copa de leche o el panecillo que se proporciona a los niños les permite sobrellevar, sin mayor cansancio, las horas de clase, pero no substituyen en manera alguna la deficiente alimentación que reciben en sus pobres hogares. Esas beneméritas asociaciones, según nuestras

estadísticas, atienden a cerca de 96.000 niños de las escuelas de la Capital.

«El consejo ha contemplado de frente la realidad y considerado que se impone aumentar el número de comedores escolares para remediar los males que la alimentación insuficiente que reciben los niños —por la extrema pobreza de sus padres— produce en los pequeños y débiles organismos. A eso se debe dar mayor expansión a esta obra de asistencia social. El número de alumnos beneficiados muestra una proporción ascendente: en el año 1933 asistieron 6.600 a los 22 comedores instalados; en 1934 y 1935, 7.350 a 25; en 1936, 7.600 a 26, y en este año, con estos cuatro comedores que se inauguran, el número de niños beneficiados asciende a 9.000. Si agregamos los 3.200 que reciben alimentación en las escuelas al aire libre, ese número llega a más de 12.000.

«En esta obra tan importante de asistencia social, que realiza el consejo, el ejército ha colaborado a su pedido, y no menos de 3.000 niños concurren a los 31 comedores instalados en los acantonamientos de los regimientos de la República. La Municipalidad de la Capital, siguiendo el impulso dado a esta obra, acaba de instalar tres comedores escolares en barrios pobres, y asociaciones privadas, tales como las cantinas maternas coadyuvan, también, en el propósito de extender sus beneficios a los niños de familias indigentes.»

«En el año 1930 —añadió— se dió a la administración de estas cantinas una dirección independiente del Cuerpo Médico Escolar y se crearon numerosos comedores, con fallas tan fundamentales en su organización, que el número de empleados afectados a su servicio insumía sumas considerables, lo que obligó a suprimirlos a fines de ese mismo año. Durante la presidencia del doctor Cárcano, el consejo resolvió, el 20 de junio de 1932, instalar 10 locales para dar alimento a los alumnos, con la denominación de comedores escolares, que venían a substituir a las antiguas cantinas escolares. Los recursos eran escasos, pero el 2 de agosto del mismo año, el Congreso, a gestión del consejo, sancionó la ley número 11.597, que dió estabilidad a la obra, según la cual el Jockey Club, al efectuar la liquidación de los dividendos de las carreras, sólo abonará cero como segunda cifra decimal, debiéndose depositar a la orden del Consejo Nacional el 80 % del excedente. El 20 % restante se aplica a cubrir los gastos de la escuela y obra de beneficencia de la institución.

(1) Véase pág. 284.

«La obra de dar alimentos a los niños desnutridos se complementa con otra muy importante, que consiste en dar a las madres de hijos de escaso peso y estatura, indicaciones de dietética, con el propósito de corregir esas insuficiencias, para lo cual se ha creado la Clínica de Nutrición, a semejanza de las norteamericanas fundadas por Emerson, en la que se han obtenido halagüeños resultados.»

Señores senadores: mi proyecto aspira a que en la patria no haya hijos y entenados; quiere que esta obra del Consejo Nacional de Educación se realice, también, en el interior, donde está la raza pura, los hijos, nietos y bisnietos de argentinos, la levadura nativa, que necesitaremos algún día; quiere que de acuerdo a las bases que en él se establecen, el Consejo Nacional de Educación pueda realizar la obra nacionalista de mayor trascendencia, pues asegurará la salud de la raza.

La acción popular con las sociedades cooperadoras es eficaz en zonas donde vive gente acomodada y habrá que estimularla y coordinarla para que llegue a todos los ámbitos del país.

Doy una gran importancia a estas sociedades que podrán realizar una obra seria si se centraliza su dirección técnica y administrativa sin destruir su autonomía relativa y en la forma que reglamente el Consejo Nacional de Educación, quien dictará normas especiales para cada zona, a fin de hacer pronta y efectiva la asociación vecinal, que en algunas partes, como en Santiago del Estero, por ejemplo, ha tomado un incremento insospechado, en gran parte debido a la acción apostólica del doctor Castiglione.

Las cooperadoras escolares formadas de padres de alumnos y vecinos constituyen un lazo de unión entre el hogar y la escuela y deben ser estimuladas, coordinadas y subvencionadas de acuerdo a las necesidades de su radio de acción, con cargo de rendir cuenta documentada de las inversiones, pero dejándoles la libertad de su organización y sin tender en ningún momento a convertirlas en meros resortes del Estado, pues tal cosa las neutralizaría.

Las enormes distancias y la indigencia de los hogares del trabajador exige imperiosamente estimular esas sociedades cooperadoras. No debe haber una sola escuela, aunque sea en los lugares más despoblados, que no cuente con una cooperadora.

El publicista José Antonio De Vita ha escrito un libro interesante sobre estas asociacio-

nes, constituidas por padres de familia y personas mayores de una localidad donde funciona una escuela, con el propósito de colaborar en la obra del Estado, en favor del mismo.

En ese libro escrito con fervor patriótico, podrán ver los señores senadores la acción desarrollada por las cooperadoras, beneméritas asociaciones.

Las cooperadoras escolares combaten los dos grandes enemigos: la desnutrición y la enfermedad. Dan merienda a los niños y ponen a su alcance la asistencia médica.

Su acción no se concreta a determinadas regiones. Aspira a realizar una obra nacional. Donde faltan las sociedades cooperadoras es donde mayor es la desnutrición de los niños.

En el Norte de la República es pavorosa, como ya lo he demostrado; pero el problema es nacional, y de ahí que los mejores métodos fracasen, pues un niño mal alimentado no puede aprender nada. No será necesario citar a ningún psicólogo para poder afirmarlo.

El educador Ernesto Nelson, en su libro *La salud del niño; su protección social*, libro editado en Nueva York, que pongo a disposición de los señores senadores, y el distinguido higienista, doctor Carlos S. Cometto, se han ocupado inteligentemente de este problema.

«La escuela pública —dice Nelson— va asumiendo gradualmente en todos los países civilizados la responsabilidad de proveer a la alimentación del escolar, sea incorporando esta disposición en leyes de educación —como en la legislación de Holanda—, sea mediante organizaciones cooperadoras de la obra de que tan notable ejemplo ofrece el Canadá, donde en la sola provincia de Ontario, 500 escuelas poseen la organización y el equipo necesario para proporcionar un almuerzo caliente a los alumnos que lo soliciten y cualquiera que sea su condición económica.

«En Estados Unidos existen las *Nutrition clinics* que se ocupan de vigilar el peso y talla de los alumnos, de descubrir las enfermedades debilitantes y de aconsejar formas de alimentación y hábitos higiénicos.

«En los Estados Unidos, la idea de proporcionar gratuitamente alimento a los niños era mirada con poca simpatía por el sello de pauperización que le imprimía. Pero el gran número de niños insuficientemente alimentados que la estadística ha revelado, dió lugar a que el público tomara parte en el sentido de buscar medios de combatirla. Según una estadística reciente, en la tercera parte de las ciudades y pueblos, proveen a los niños, en las escuelas, de

alguna forma de alimentos (lunch-merienda)».

Este tipo de lunch que más se ha generalizado, es administrado caliente a mediodía a los alumnos. En el 80 % de las grandes ciudades norteamericanas, se sirven alimentos calientes a los escolares. Así, los alumnos hipoalimentados han quedado reducidos a un número mínimo.

En Inglaterra, desde el año 1900, en que se implantó la comida escolar, fué disminuyendo la cantidad de niños desnutridos.

En 1913 existía un 13 %. En 1923, sólo alcanzaba al 6 por ciento.

En 1921 se proporcionó alimento a 6 000 000 de escolares, invirtiéndose 1.000.000 de libras esterlinas. En 1923, las autoridades proveyeron de 17.000.000 de comidas a los niños necesitados y a los débiles se les daba aceite de hígado de bacalao.

En esos países, el número de desnutridos disminuye. En el nuestro, aumenta.

- Las sociedades cooperadoras abandonadas a su propia suerte, son ineficaces en muchas zonas; en otras, debido a la pobreza de la población, no existen.

- Se necesita el estímulo del Estado, quien, por intermedio del Consejo Nacional de Educación, debe vigilar y dirigir, con el asesoramiento del Departamento de Nutrición, la alimentación de los escolares, dando normas a las sociedades cooperadoras.

—Ocupa la Presidencia el doctor Guillermo Rothe, presidente de la Comisión de Negocios Constitucionales.

La asistencia médica debe preocupar, especialmente, al Estado, en las provincias del Norte.

El doctor Olivieri, director del Consejo Médico Escolar de Buenos Aires, en el *Boletín de Higiene Escolar*, de mayo de 1929, afirma que, actualmente, los servicios médicos de las 5.000 escuelas que el Consejo Nacional sostiene en provincias y territorios son malos, pues los médicos que prestan servicios desinteresadamente en algunos puntos, cuando más, se limitan a certificar la enfermedad de los maestros. Sostiene que hay que crear servicios dándoles en principio una organización similar a los de Buenos Aires, de los cuales no serían más que una prolongación y dependencia para tener unidad de acción.

- Propongo en este proyecto que el Consejo Nacional de Educación, cuyas autoridades han demostrado una competencia encomiable, organice la asistencia médica, con facultativos y dentistas a sueldo, que vayan a las escuelas

y a las viviendas de los escolares, no a hacer simples diagnósticos, sino con todos los elementos necesarios para ser eficaces.

En Chile se utilizan camiones como consultorios ambulantes y un acoplado con el dormitorio del médico y el ayudante.

Podríamos imitar al país hermano y así, en giras de diez días, por turnos, en un año se recorrería tres o cuatro veces cada provincia. Además propongo que se nombren médicos regionales en los pueblos de la campaña.

Esta acción del Consejo Nacional de Educación, cuando se le proporcionen los recursos necesarios, será de grandes proyecciones nacionales; pues no olviden los señores senadores que además de la tragedia del Norte argentino, existen en el país situaciones lamentables que deben corregirse.

El doctor Cometto me ha enviado esta planilla, con el resumen del resultado de la investigación de los alumnos de las escuelas de la provincia de Buenos Aires. Juzguen los señores senadores:

Con afecciones dentarias, el 81 por ciento.

Con defectos visuales, el 23 por ciento.

Con fiebre, el 16 %; con temperatura prolongada, del 7 al 8 por ciento.

Sobre aseo personal deficiente, el 37 por ciento.

Sobre alimentación de los escolares, el 17,2 % deficiente; en algunos distritos llega al 25 y 30 %. Existe un 3 % que concurre sin desayunarse ni almorzar.

Con vegetaciones adenoideas, hipertrofia de amígdalas, sorderas, de un 15 a un 20 por ciento.

Con reacciones positivas a la tuberculina, 38 por ciento.

Pero lo fundamental, a mi juicio, para salvar a los niños del Norte argentino, donde las distancias son enormes, y donde la pobreza todo lo invade, es cambiar el tipo de la escuela de campaña.

La escuela ahora es una ficción. Todo cuanto he referido lo demuestra de una manera concluyente.

Para que no lo fuera, sería necesario que se reprodujese el caso excepcional que refiere «La Nación», del 24 de mayo, y que cita en su informe el profesor Salinas. Y eso es imposible. Pero quiero citar el caso excepcional como un estímulo a la gran maestra.

En Arizona, departamento de San Carlos, provincia de San Luis, funciona una escuela nacional de la ley Láinez, que dirige la señora Angélica Aloisi de Mathe. Es aquélla, una zona

de travesía, que es decir árida y sin cultivo, situada a 70 kilómetros de la más próxima estación ferroviaria. «Campos cubiertos de gruesas capas de cenizas volcánicas la rodean», dice el corresponsal. La tierra es yerma; flota sobre el paisaje una penosa desolación, y allí, teniendo que luchar a diario con la áspera infertilidad del suelo, hace cuatro años que ha surgido como un hogar maravilloso la Escuela nacional, número 271.

Oigamos, ahora, lo que dice de la labor desarrollada: «La acción de la escuela se pone de relieve en la preparación de los pequeños educandos y en las enseñanzas morales que se les inculca. Aprenden a respetar a la patria, a sus padres y compañeros. Realizan una actividad metódica, harto distinta de la que realizan en las ruinosas cabañas de sus mayores», porque en esa triste zona se ha formado una escasa población que vive al margen de la higiene en pésimos ranchos, luchando con la miseria y la degeneración.

¿Qué hace esa maestra?

Cumple sus obligaciones con el Estado que le paga, llenando los programas de los dos únicos grados que tiene el establecimiento, con niños y jovencitos de todas las edades, pero terminadas esas tareas, destina su tiempo, con la cooperación de su esposo, don Antonio Mathe, a crear en sus alumnos la capacidad de producción. Y es así cómo han llegado a domar la hosquedad de aquella tierra para obligarla a producir, de lo que es prueba la huerta que cultivan; allí, además, aprenden los niños la economía y manejo del hogar; fabrican pan, cinturones, cinchas, cepillos, hilan la lana, tejen mantas, hacen vestidos y crían aves.

Como en los ranchos de sus mayores falta el alimento, y los niños crecen escuálidos de cuerpo e inteligencia, la directora hace algo más: cobija en su hogar, alojándolos y alimentándolos, a 12 alumnos de primer grado y 34 de segundo. Eso es la seguridad de su subsistencia; es la felicidad de los niños y de los padres y es, en ese pedacito de tierra hostil, que se transformó por el esfuerzo inteligente de una maestra admirable, la solución del problema de los niños desnutridos de hoy, con perspectivas a los hombres de empresa de mañana.

El Estado deberá imitar a la maestra puntana, si quiere salvar a los niños argentinos.

Me complazco en expresar que el número de escuelas provinciales en San Luis es superior al de otras provincias argentinas que cuentan con una población mayor.

Después de recorrer las provincias andinas y del Norte, observando detenidamente condiciones económicas, psicológicas, geográficas y físicas, he llegado a la conclusión de que es indispensable establecer aldeas-escuelas.

Lo que yo propongo en mi proyecto ha sido sostenido por educadores y estadistas, y cuando esbocé mi plan, los gobernadores de Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy me estimularon a realizarlo, porque consideran que la concentración de escolares con una orientación distinta de la enseñanza será eficaz.

A las aldeas-escuelas, o escuelas de concentración, afluirán los niños de los pequeños núcleos distantes de población escolar, que aislados no pueden justificar la instalación de una escuela como las actuales, para lo cual se exige un límite mínimo de treinta niños.

El tipo de escuela que propongo —de la cual es un propagandista inteligente el inspector nacional señor Tissera, que representa al Consejo de Educación en Jujuy— se impone en las grandes zonas, con pequeños núcleos de población dispersa y separados por largas distancias.

He señalado en el mapa de las provincias del Norte de la República más de cincuenta lugares donde podría realizarse el ideal de la escuela-aldea. En Río Hondo, de Santiago del Estero, después de una inspección que hice sobre el terreno, con el gobernador doctor Montenegro, nuestro ex colega, éste me expresó —convencido de las ventajas que una aldea-escuela reportaría a la provincia— que trataría de instalarla con los propios escasos recursos de Santiago del Estero.

Pero es especialmente en el altiplano, escenario amplio y casi desierto, donde están las características propicias para la instalación de la aldea-escuela.

Quiero citar el caso relatado por la ilustre profesora Rosario Vera Peñalozza, en el «Monitor de Educación Común», en junio de 1932, relativo a los escolares de San Antonio de los Cobres, cuyas condiciones exigen la creación de la escuela-aldea.

Dice la señora Vera Peñalozza que los niños bajan de los cerros como en caravanas; sus caritas magras revelan cansancio; han andado ya cinco, diez, quince y más kilómetros a pie, por entre los cerros, deteniéndose únicamente en alguna aguada para beber. Es posible que tan prolongado ejercicio les haya abierto el apetito, pero su morral no contiene más que un puñado de maíz y alguna vez un poquito de *charqu*, de llama. ¡Ni un pedacito de pan, ni una galleta dura! Y ese mísero avío debe alcan-

zarles para alimentarse durante ocho, diez o más días, tiempo que dura su permanencia cerca de la escuela, período después del cual regresarán a la montaña, a la cabaña pastoril de sus padres, para llevar nueva provisión, que nunca varía ni en cantidad ni en otros productos alimenticios.

Así, mal nutridos, cruzan los tortuosos caminos de las montañas, los valles pedregosos, las vegas desiertas, azotados sus cuerpecitos por el viento helado de la puna, en alturas de 3.000 a 4.000 metros, miserablemente vestidos, descalzos, o cuando más con una plantilla de cuero, que atan con tientos sobre el pie y que llaman *uschuta* (ojotas). En su mochila, un cuero de llama o de oveja y una colchita de tejido apretado y duro forman el equipo de cama y ropa de estos pequeños soldados de la civilización que levantan, también solos, su tienda de campaña, construyendo sus viviendas: covachas rodeadas de pircas, paredes formadas colocando piedra sobre piedra, sin argamasa que las una, y por cuyos intersticios se filtra el viento helado.

Completan la construcción, cruzando algunos cardones, a manera de techo sobre la pircas, y colocando ramas de algún arbusto de los pocos que crecen en los valles puneños.

La tola, arbusto de aquella región, que arde sin estar seco, de olor penetrante y fuerte, es el único combustible en aquel desierto; de él echan mano los niños, a fin de preparar el fuego para calentarse y soportar temperaturas de varios grados bajo cero; así como para cocer en ollas de barro, un puñado de maíz cada día. La ración es escasa y debe alcanzarles para todo el tiempo que permanecen lejos del hogar.

El Estado destina una pequeña cantidad mensual, para aumentar su manutención. Un cocido de harina que llaman «tulpo» es el alimento que la escuela puede agregar a la módica porción que los padres alcanzan a proporcionarles.

Y así viven muchos niños argentinos luchando con la miseria, solos, lejos de la vivienda de los padres y sin una escuela que los recoja como en un hogar. Estos niños, con su actitud están señalando la nueva orientación de la escuela. La aldea escolar se impone como una necesidad ya sentida en esas regiones.

A pesar de encontrarme cerca de San Antonio de los Cobres, no me fué posible llegar hasta ese lugar para observar de cerca a los pequeños compatriotas que viven en cuevas de pircas, y como el relato de la señora Vera Peñalozza, era de 1932, no quería hablar a los señores senadores de esta situación dolorosa, sin cerciorarme de que no había cambiado.

Por eso, desde Tartagal, escribí a la educacionista, preguntándole si su informe reflejaba la realidad actual, y si se habían iniciado trabajos en el sentido de establecer un internado.

La señora de Vera Peñalozza, recibió mi carta, dirigida al territorio de los Andes, en Buenos Aires, donde cumple una misión patriótica que le ha encomendado el consejo: la formación de un museo, cuyo propósito es el de presentar la Argentina bajo todas sus manifestaciones en un plan orgánico de orientación nacionalista.

Me contestó el 12 de mayo, diciéndome: «Los niños del territorio de Los Andes continúan concurriendo en la misma forma que en 1932: desde largas distancias, sin ropas ni víveres suficientes, obligados a vivir ocho o más días en las covachas que ellos mismos construyen; después de lo cual vuelven a los hogares a buscar nueva provisión para igual tiempo.

«El Consejo Nacional de Educación sigue prestando alguna ayuda a los niños necesitados de aquellas regiones; antes había una partida de \$ 25 para cada escuela; ahora la partida de \$ 90.000 que el presupuesto destina a este fin, la distribuye, proporcionalmente, entre todas las escuelas del país que necesiten ayuda en partidas de 25, 50 y 100 pesos, respectivamente, para escuelas de 20 a 100 alumnos.

«Es claro que alcanzará escasamente para el plato de «tulpo» (sopa de harina), que ya en esa época daban a los niños de la puna.

«También les llega, de vez en cuando, algunas piezas de ropa, de las autoridades escolares y de algunas escuelas particulares, como la Escuela Argentina Modelo, que dirige el doctor Viedma, de donde se ha enviado ropa al territorio de Los Andes y a otros escolares pobres del país, como los de La Rioja.»

Luego la señora de Vera Peñalozza, me dice que ningún ensayo completo de internado se ha hecho hasta el presente en el país y me señala un nuevo caso de maestra abnegada, que convencida de la inutilidad de su tarea, si sólo dirige su escuela, sometiéndose a las normas comunes, por su propia iniciativa ha organizado algo que se asemeja a un internado, única solución del problema, como también, parece demostrarlo el caso ya citado de San Luis.

«Hay algunos medio internados, dice la señora Vera Peñalozza, que realizan maestras abnegadas, como el de la Escuela Nacional de Colón, que dirige la señorita Mercedes Lacava; quien da alimento, viste, entretiene, enseña trabajos manuales e inculca hábitos morales y prácticas higiénicas; educa, en una palabra.



bajo todo concepto, a 230 escolares, reteniéndolos durante todo el día, con resultados sorprendentes, que vale la pena ser observados como ejemplo.»

Resultados sorprendentes serán, en realidad, los que se obtengan cuando se abandone la escuela actual de campaña, casi desierta, que es una ficción, para reemplazarla con concentraciones escolares.

La aldea-escuela no necesita un edificio de carácter suntuario, ni mucho menos; debe ser una construcción sencilla, hecha con materiales de la misma región en que se levante, en concordancia con el medio y con las más elementales condiciones de comodidad, que determinarían para cada clima la Dirección de Arquitectura del Consejo Nacional de Educación. Esa escuela será el centro común donde convergerán los niños de las pequeñísimas poblaciones diseminadas a todos los vientos. Todo el trabajo preparatorio está hecho, señores senadores. Los inspectores nacionales de escuelas conocen todos los lugares donde pueden instalarse y poseen los datos necesarios. En realidad, todo se reduciría a ordenar esos elementos, dándoles forma.

Las escuelitas dispersas en enormes extensiones, casi desiertas, escuelitas de vida precaria, donde los niños están extenuados, desnutridos, palúdicos, a veces tuberculosos, niños que recorren leguas a pie, sin obtener beneficio alguno, se refundirán para constituir, en un lugar estratégico, una concentración escolar. Allí todos los pequeños con sus maestros, en un ambiente higiénico apropiado —superficie de tierra apta para cultivo y corrientes naturales o de otra agua potable—, con servicio médico, con una alimentación científicamente administrada, permanecerán, durante todo el año escolar, y aprenderán, no sólo a leer y a escribir, sino a servirse a sí mismos, adquiriendo nociones útiles de agricultura y de los diversos oficios, a la vez que conceptos morales, para volver en las vacaciones a los hogares de sus padres, en los que ya no gravitarán como una carga pesada. Y mientras permanezcan en sus casas, las aldeas-escuelas se convertirán en colonias de vacaciones para volver a recibir a sus pupilos al iniciarse los cursos escolares; para recibir también a los alumnos externos, que serán los hijos de las familias de cierta holgura que formen sus hogares alrededor de la aldea-escuela, centro de intereses materiales y morales. En esas aldeas habrá desaparecido el problema pavoroso de la desnutrición, se

habrá librado a los niños de las endemias de la región: paludismo, bocio, etcétera; se habrá hecho imposible la tuberculosis y se habrá curado la heredosífilis, garantizándose un estado de higiene que asegure la fortaleza de la raza.

El Consejo Nacional de Educación en 1932 proyectó las concentraciones e internados escolares como el único sistema seguro de salir del fracaso, compensar los sacrificios del país por sus niños y elevar la raza y la cultura.

Don Ramón Cárcano, nuestro ilustre compatriota, fué el animador. Están hechas las investigaciones y fijado el criterio.

El profesor don Avelino Herrera fué el redactor del proyecto provisional concebido sobre la base del que formuló la inspección del Ministerio de Instrucción Pública a solicitud de la Dirección General de los Ferrocarriles del Estado.

Es claro que estas escuelas no excluirán las de tipo actual, ni siquiera el pensionado del hogar, defendido elocuentemente en el Primer Congreso Nacional sobre Analfabetismo, por los delegados doctores Justo Vergara Mujica y Linares Quintana, o las escuelas ambulantes, que el Consejo de Educación mantendría o instalaría donde creyese conveniente.

El internado, señores senadores, habría vencido la distancia y la miseria, a la vez que habría cumplido estrictamente la ley de educación común que quiere dirigir y estimular el desarrollo físico, intelectual y moral del niño.

El doctor Cárcano, ex presidente del Consejo Nacional de Educación, ha sostenido que únicamente estas concentraciones regionales, internados o aldeas escolares podrán redimir al país de la catástrofe de la instrucción primaria, sobre la población diseminada.

Puedo afirmar, a mi vez, después de un largo y penoso viaje por los montes y las selvas de las provincias del Norte, que la aldea-escuela resolverá en gran parte el problema de la desnutrición infantil, impidiendo así la degeneración de la raza, la declinación de nuestras grandes reservas de argentinos puros.

Este proyecto cuenta con la cooperación de todos los gobernadores de provincias, quienes me expresaron su viva simpatía por mi acción, y educacionistas como Pablo Pizzurno y Juan Mantovani han expresado, por otra parte, su fe en la eficacia de las aldeas escolares.

Ya muchos de los gobernadores han ofrecido al Consejo Nacional de Educación, a título gratuito, los terrenos necesarios para fundar las aldeas escolares.

El gobierno de Jujuy promulgó una ley el 15

de noviembre de 1932, destinando 1.000 hectáreas de campo para instalar un internado en Abra Pampa, a cinco kilómetros de la Laguna Yuntuyo, internado que concentraría el alumado menesteroso de Cochinoa, Santa Catalina, Rinconada, Yavi y Humahuaca. Parecidos ofrecimientos hicieron los municipios y vecinos acaudalados.

En el I Congreso Nacional sobre Analfabetismo, reunido en Buenos Aires en 1933, el doctor José W. Tobías presentó un proyecto en su carácter de delegado por la provincia de Salta, que decía así: «La Conferencia Nacional sobre Analfabetismo, opina que es indispensable crear «aldeas escolares» departamentales en el Norte argentino y en los territorios federales. A manera de ensayo podrán crearse aldeas escolares en Salta, Jujuy y Formosa, a cuyo efecto el Poder Ejecutivo debería solicitar los recursos necesarios al Honorable Congreso y realizar acuerdos con los gobiernos de las provincias mencionadas».

Consideraba el doctor Tobías, distinguido profesor universitario, que las aldeas escolares solucionan el problema de la deserción escolar: facilitan la lucha contra el paludismo y otras enfermedades contagiosas crónicas, tuberculosis, heredosifilis, a la vez que contribuyen a resolver el grave problema de la desnutrición infantil.

La comisión despachó favorablemente el proyecto del doctor Tobías, que llevaba la firma de los doctores José Arce, F. M. Alvarez, R. A. Carranza, O. Cordero, S. Linares, R. Perrotto y L. Ricci. El doctor Tobías limitaba la acción de su proyecto a las provincias de Salta y Jujuy y territorio nacional de Formosa.

Los delegados por Córdoba, La Rioja y Santiago del Estero, reclamaron la inclusión de su provincia y el de esta última, doctor Antenor Ferreira, dijo que en Santiago todos los años casi el 90 % de la población de gente pobre, se traslada a Tucumán buscando trabajo, y llevan consigo a los niños, de modo que la mayor parte del año, justamente en la estación más propicia para ir a la escuela, los niños no están en Santiago. El departamento de Río Hondo — agregó — es uno de los que tiene mayor número de analfabetos, por los inconvenientes de orden económico de los padres.

Ya expresé que mi estada en Río Hondo me ha demostrado la necesidad de establecer en esa zona una aldea - escuela.

Durante mi gira por las provincias del Norte, comprobé la inutilidad de las escuelas des-

parramadas por la campaña, donde los niños ni siquiera aprenden a leer, por las razones que he explicado ampliamente.

Sentía verdadero pesar observando cómo decenas de millares de niños ignoraban las más elementales nociones de agricultura, en este país agropecuario que necesita legiones de labriegos para hacer la conjunción armoniosa del hombre y de la tierra, forjando el porvenir.

Veía los pequeñuelos, como sombras, desarraigados del suelo, ajenos por completo a la inmensidad de la selva o de la pampa. Esos niños crecerán como extraños en su propia patria, si nosotros no realizamos la gran tarea que permita vincularlos a la tierra generosa que deberá ser de ellos si la trabajan.

Ya vendrán los grandes planes de instrucción agraria. Por lo pronto, implantemos la aldea-escuela que bajo la dirección del Consejo Nacional de Educación tendrá una eficacia insospechada.

El coronel José María Sarobe, animado de un noble espíritu nacionalista, ha escrito un libro titulado *Hacia la nueva educación* y en él sostiene que la aldea-escuela no sólo soluciona el problema de la alimentación del niño y el de la distancia, sino que también resuelve la grave cuestión de la enseñanza agraria.

Las tareas de la granja, de la huerta, el cuidado de los animales de labor, dice, no pueden quedar librados a las intermitencias de un breve horario de clase. La verdadera escuela agraria es, pues, del tipo del internado. En ese caso, la influencia educativa se beneficia con la acción recíproca de los niños viviendo en comunidad. La emulación, el ejemplo, la amistad, creados en ese ambiente, son otros tantos estímulos de índole moral, generadores de nuevos esfuerzos que tienden al perfeccionamiento de las cualidades que distinguen a cada ciudadano.

Sostiene el coronel Sarobe que el edificio de la colonia escolar deberá ser construido con un criterio de rigurosa economía. En las regiones de clima suave, como son las comprendidas en la mayor parte de la República, se podrán reemplazar ciertos locales cerrados destinados a las labores educativas y a las clases prácticas, por tinglados o cobertizos construidos con materiales de la región. En otras zonas el material empleado en la construcción de los edificios podrá ser la madera.

En las aldeas escolares no se tendrá la pretensión de preparar especialistas. Quien conozca nuestra campaña del Norte argentino, comprenderá que se necesitan sólo jóvenes útiles. Por eso es verdad lo que afirma Sarobe. La especialización en una determinada labor es poco

útil en la vida rural. Restringe la actividad del individuo a un solo oficio, allí donde es necesario contar con la destreza múltiple del artesano para realizar una diversidad de pequeños trabajos y saber utilizar con habilidad las diferentes herramientas elementales.

El labrador debe poder reparar sus propios útiles de labranza, componer un vehículo y arreglar su vivienda. Además, en las escuelas aldeas se enseñará a los niños a utilizar los recursos de la región y a ampliar los conocimientos populares respecto a pequeñas industrias de la zona.

Por ejemplo, en Santiago del Estero, los niños aprenderían a perfeccionar los objetos de cestería de Río Hondo, que llaman la atención del viajero, y las alfombras, trabajadas por las mujeres, con materiales que produce el suelo, desde las fibras de las canastas hasta la tinta con que se tiñe la lana para el tapiz, que es extraída de plantas que abundan en esas zonas.

En Salta, los pequeños aprenderían el trabajo de la alfarería, perfeccionando los objetos que hoy pintan las salteñas, primorosamente.

Y acaso eso fuera el comienzo de grandes industrias como las de Puebla y Guadalajara, en México, donde se imita la cerámica de los aztecas y los mayas.

Mis proposiciones tienen, en algunos de sus aspectos, antecedentes parlamentarios. Muchos legisladores antes de ahora se han ocupado de una nueva orientación de la enseñanza, de acuerdo con las necesidades del país. Es así como en las carpetas de las comisiones existen proyectos de José Luis Cantilo, Antenor Ferreira, Enrique Dickmann, Ramón Loyarte, Américo Ghioldi, José Bertotto, Juan A. Solari, Parodi, Movsichoff y Benito Soria. Creo que es un deber de lealtad recordarlos, y pido disculpas si me he olvidado de alguno.

Hombres de todas las ideologías, sin excepción, me han hecho llegar su adhesión. Y al entrar en este recinto he recibido una carta que por lo significativa quiero leer a los señores senadores. Es del presbítero Juan Nazzi, director de los Colegios Salesianos, y dice así: «He seguido de cerca su campaña pro maternidad e infancia; sigo ahora sus estudios sobre el flagelo que cercena vidas jóvenes en el Norte argentino, de lo que soy testigo en Misiones, y comparto sus anhelos de mejoramiento de los niños pobres y abandonados. Coincido absolutamente con sus puntos de vista.»

Si por motivos pequeños, personales —y ninguno de otra índole se puede oponer a ello—, nos negamos a aprobarlo, gravitará ineludiblemente sobre nuestra conciencia el destino infortunado de esa multitud de criaturas cuyos padres carecen de los medios para educarlos y alimentarlos y que pueden convertirse, con la ayuda del Estado, en ciudadanos inteligentes, sanos y responsables.

Ello sería en lo futuro un galardón legítimo y un ejemplo edificante que exhibiría en su haber, con orgullo patriótico, este alto cuerpo.

Convertir en ley este proyecto es ciertamente realizar una obra patriótica en el sentido más fecundo. Por eso frente al propósito que lo anima no puede haber discrepancias, puesto que aquí no se trata de tendencias ni de teorías de ninguna especie sino de ejercer, sencillamente, el deber del Estado para consigo mismo, de formar una raza sana y fuerte, capaz de defenderlo y de servirlo.

Colaborar, además, en este proyecto equivale a relegar a segundo plano los antagonismos transitorios para cooperar en una obra común que sirve a los intereses supremos y permanentes de la Nación.

Toda enmienda me parecerá aceptable si se propone ensanchar o mejorar el proyecto, haciéndolo más factible o de mayor eficiencia, pero me niego a creer que se alce alguna voz en contra suya, en virtud de que los fines perseguidos son los de la vigorización y la salud de la propia raíz de nuestros pueblos.

Su sanción unánime demostrará que la patria no es para nosotros una simple palabra ni un concepto abstracto, sino la profunda realidad de un sentimiento y una idea comunes, ante los cuales, por encima de los partidos, todos somos argentinos.

He terminado. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

**Sr. Presidente** (Rothe). — El proyecto pasará a la Comisión de Justicia e Instrucción Pública.

Habiendo quedado sin quórum el Senado, invito a los señores senadores a pasar a cuarto intermedio.

--Era la hora 16 y 55 minutos.

## 6

## A P E N D I C E

## INSERCIONES SOLICITADAS POR EL SENADOR PALACIOS

Buenos Aires, junio 23 de 1937.

*Al señor presidente de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación, doctor Julio A. Roca.*

Presente.

En nombre de la comisión directiva de la Junta de Ayuda Social a los Escolares Riojanos, que presido, tengo el alto honor de dirigirme a vuestra excelencia y por su digno intermedio a la Honorable Cámara de Senadores, solicitando la sanción del proyecto de ley del señor senador por la Capital, doctor Alfredo L. Palacios, que tiende a remediar la afligente situación de los escolares del interior de la República.

Esta junta, que brega desde el año 1934 en bien de la población escolar de la provincia de La Rioja, y que está constituida por un gran núcleo de riojanos, radicados en esta Capital, aprecia en todo su valor el proyecto altamente patriótico del señor senador, pues conoce íntimamente las penurias que sufren los escolares riojanos, análogas a las de los niños de todo el Norte argentino.

Con este motivo saludo al señor presidente con todo respeto.

*Andrea Páez Orquera, Secretaria.*      *Manuela P. de Silvestrini, Presidenta.*

Buenos Aires, mayo 7 de 1937.

*Al señor senador nacional doctor Alfredo L. Palacios.*

Capital.

Tengo el agrado de dirigirme al señor senador adjuntándole el informe producido por la comisión especial designada para estudiar y concretar los puntos de vista de la Federación de Sociedades Populares de Educación respecto del problema que plantea la existencia de tantos niños desnutridos en edad preescolar y escolar.

La junta central de la federación hace suyos los términos del informe acompañado y espera que sus fundamentos y conclusiones constituirán un aporte útil al propósito de encarar la solución de tan importante asunto.

Saludo al señor senador con las más distinguidas consideraciones.

*Miguel Lacreu,*  
Secretario General

*José E. Martinelli,*  
Vicepresidente 1º en ejercicio.

Consejo Nacional de Educación  
Capital Federal

Señor presidente:

El señor senador nacional doctor Alfredo L. Palacios, en carta que usted se ha servido pasar a estudio de esta comisión, pide que se le hagan conocer las informaciones que se «haya recogido respecto al problema médico-social de los niños desnutridos en edad preescolar y escolar». Agrega luego: «En el próximo período parlamentario encararé el asunto y aspiro a su asesoramiento».

Ante tan gentil invitación, y teniendo en cuenta el último párrafo transcripto, esta comisión ha puesto su especial empeño, no solamente en armar los informes concretos que se tienen, sino también en contemplar el problema bajo los aspectos fundamentales que según su criterio deben tenerse en cuenta para llegar a una solución permanente y positiva. Y esta es la causa por la cual su informe resulta un poco extenso, no tanto como la gravedad del problema lo exige, y por ello demanda la benevolencia de la Junta.

Desde luego se descarta que la información no podrá referirse a la población infantil en edad preescolar, por hallarse fuera de la acción ejercida por la Junta Central y las sociedades federadas. Tampoco podrá precisar el número de escolares desnutridos y poco menos que desnudos concurrentes a las aulas, por falta de una estadística que nadie se ha encargado de organizar, que proyectó la Junta sin poder llevarlo a la práctica por falta de recursos. En cuanto a la ubicación, únicamente puede asegurarse que se hallan dispersos en toda la extensión del país, en algunas zonas más que en otras.

A pesar de las reservas anteriores, la comisión sabe que no ha escapado a la Junta Central toda la extensión y gravedad del problema y que lo conoce por las abundantes publicaciones de la prensa de esta Capital y del interior, por las solicitudes de ayuda llegadas a esta casa y a otras de las instituciones federadas, por los informes de las autoridades militares referentes a las pésimas condiciones en que se presenta a las filas un subido porcentaje de conscriptos y hasta por los datos del censo escolar levantado no ha mucho y que acusan junto al elevado número de analfabetos, otro no menor de los que desertan de los estudios desde el segundo grado en adelante. Agreguemos, además, la impresión alarmante recogida por el primer magistrado en su último viaje referente no ya a las provincias llamadas pobres, sino a las que por el incremento de sus industrias han escapado a este calificativo: Tucumán, San Juan, Mendoza, y las que en abundancia ha recogido el mismo doctor Palacios en las nortenas.

Pero entremos en la consideración del problema ya puesto en evidencia todo su alarmante alcance.

Para esta comisión el problema tiene dos aspectos fundamentales: el que ofrece la actual generación concurrente a las aulas escolares, y el de las generaciones

futuras consideradas en su edad preescolar, escolar y postescolar, acerca de los cuales informará separadamente, para proponer los medios concordantes de solución.

Refiriéndose al socorro a los escolares actuales, la comisión debe informar que el único elemento de solución que se ha puesto en práctica, es el de la beneficencia, oficial y privada, con resultados muy dudosos, cuando no negativos y en muchos casos dañinos a la moral del individuo.

La comisión debe referirse, ante todo, a la primera, a la oficial, a la que le falta unidad de acción o concordancia, tenacidad, el sentido de la oportunidad y el conocimiento concreto de todos los detalles del problema, como lo demostrará la enunciación de los hechos que en seguida da. Va esto dicho sin intención de crítica, sino en carácter ilustrativo. Desde luego son varios los centros o comisiones oficiales que cooperan en el mismo sentido. Veamos:

En primer término la comisión debe citar al ejército, que por la dispersión de sus cuerpos en el territorio de la Nación y por mantener estos últimos años, comedores escolares, muchos de ellos constituyen un elemento importante de solución. Pero estos cuerpos se hallan generalmente instalados, cuando no en centros urbanos de relativa importancia, en sus alrededores; esta misma instalación asegura a los tales centros una mejora económica que les permite proveer a la mayoría de los escolares elementos para su nutrición y vestuario que ya ejercitan las instituciones populares organizadas como se verá más adelante y quizá no esté de más su acción, pero puede llegar a sustituir la función de las cooperadoras, que a su vez, se concretarán a llenar algunas de las funciones que corresponden al Estado, hecho concreto que después señalará la comisión al ocuparse de estas instituciones populares. Por otra parte, ¿qué criterio rige en la distribución de alimentos en estos casos? ¿Se admite a todos los escolares o solamente a los de aquellos hogares que realmente lo necesitan? ¿En el primero de los casos, no se dañará la dignidad moral de muchos padres que pudiendo nutrir a sus hijos se los dejan nutrir por otros? Como quiera, hay en esta acción del ejército una verdadera contribución a la solución que se procura. Pero no escapa a la comisión que se trata de una acción aislada sin concordancia con las otras.

En segundo término se debe citar al Consejo Nacional de Educación, que ha creado y mantiene una buena cantidad de comedores escolares que funcionan dentro de la Capital y con todo acierto en barrios que verdaderamente los necesitan. Pero esta acción no tiene ninguna concordancia con otra oficial ni con la popular. Hay más; el Congreso, ante los empeños de las cooperadoras del Distrito Escolar XVII que la federación apoyó oportunamente, ha votado para que las administrara esta rama del gobierno, las siguientes cantidades: \$ 270.000 m/n. para alimentación, vestuario y anteojos de los escolares pobres de esta Capital, \$ 180.000 m/n. para los de los territorios y \$ 450.000 m/n. para los de las provincias. Van ya transcurridos casi dos meses de clases y esta comisión, como esa honorable Junta y el público, ignora si se ha hecho al Consejo la entrega de los fondos votados, ni si éste ha hecho gestiones en ese sentido.

El mismo Congreso, por iniciativa del señor senador Palacios, surgida casi contemporáneamente con una similar del señor diputado por Catamarca doctor Luis Alberto Ahumada, dictó la ley número 11.838, creando una Comisión de Ayuda al Niño formada por altos fun-

cionarios públicos. Desde entonces han transcurrido poco más de dos años sin que a dicha comisión se le haya provisto de los fondos que la misma ley señalaba, porque, según el mensaje del Poder Ejecutivo, elevado a requerimiento de la Cámara de Diputados el 3 de noviembre del año pasado, «era indispensable incluir el crédito respectivo en el presupuesto general proyectado para 1937», cosa que esta comisión ignora si se hizo o no. Se trata de \$ 1.000.000 m/n., que por falta de diligencia fueron alcanzados y anulados por imperio de otra ley, la número 3.954.

En el momento de producirse este informe, ante lo que el señor presidente de la Nación ha visto en las provincias que acaba de visitar, ha pasado sendas notas al señor ministro de Instrucción Pública y al señor presidente del Consejo Nacional de Higiene, precisamente miembros de la Comisión Nacional de Ayuda al Niño, solicitando medidas urgentes. El primero de los funcionarios nombrados ha resuelto destinar la inversión de \$ 300.000 m/n. en elementos de ayuda, designando para su distribución al subsecretario de Instrucción Pública y a los inspectores generales de enseñanza secundaria, normal y especial y al de incorporados. Tampoco esta nueva tentativa de ayuda tiene relación ninguna con las otras proyectadas o que se ejecutan. Además, esta nueva comisión está formada por funcionarios cuyo conocimiento y relaciones está en la enseñanza secundaria formada por escuelas normales, colegios nacionales, escuelas profesionales oficiales e incorporados a los mismos, y hasta donde no llegan los niños que han menester de ayuda.

A fin de no prolongar su informe, la comisión no hace mérito de otros datos, ya que los citados son suficientes para evidenciar la falta de concordancia con que se procede. Y piensa que más efectivo que esta dispersión, sería la dirección única concentrada en la Comisión Nacional de Ayuda al Niño o en el Consejo Nacional de Educación.

Pasemos ahora a la acción popular.

Esta también ha echado mano de la beneficencia como único recurso, procurando acudir con toda oportunidad, pero tropezando siempre con la desconfianza y con el egoísmo que le restan eficiencia, adoleciendo, como la anterior, de concordancia de esfuerzos, pero no de tenacidad en los procedimientos. Su mejor exponente son las sociedades cooperadoras.

Desde el primer día de su existencia, la Federación Argentina de Sociedades Populares de Educación ha hecho una bandera de la ayuda al escolar, declarando que «desea que no quede en el país una sola escuela, grande ni pequeña, sin tener organizada su correspondiente sociedad cooperadora». Y consecuentemente ha contribuido con tenaz propaganda, ante pueblos y gobiernos, a multiplicar esta clase de instituciones, con éxito tan feliz, que hoy son contadas las casas de educación que no la tienen, hasta el punto de contarse por miles, y hasta los establecimientos secundarios están siguiendo este mismo camino con el apoyo e iniciativa del señor ministro del ramo. La federación les ha dado, además, las orientaciones y finalidades a llenar, señalándoles en el orden primario dos funciones fundamentales y concorrientes: procurar que no quede un solo niño en edad escolar sin recibir los beneficios de la instrucción en toda la extensión del ciclo obligatorio, contribuyendo a que ello se cumpla mediante la ayuda en lo que el escolar necesita (nutrición, ropaje, útiles de aprendizaje y salud en general); contribución a lo que ha menester el hogar del niño que por las causas anteriores no concurre y aumenta las cifras del analfabetismo; ha

indicado asimismo una tercera, concordante también, como es la de señalar al Estado, en lo que es su obligación impuesta por la ley, las necesidades que deben llenarse en la escuela a que sirven (edificio, mobiliaje, útiles y aparatos de enseñanza, ilustraciones, etcétera), y cooperar con el mismo con sus propios fondos una vez llenadas las dos primeras.

Pero no hay todavía entre ellas una orgánica coordinación y pocas son todavía las que forman federaciones locales, pudiendo citarse las de Quilmes, de Bragado, de Bahía Blanca, de Tucumán, etcétera. En conseguir este propósito se halla actualmente empeñada la Federación Nacional de Sociedades Populares de Educación. Una vez que se haya conseguido, habrán estas instituciones adquirido una importancia aun mayor que la que ahora tienen. La junta central, por iniciativa de una de sus miembros, el doctor Juan Bacigalupo, que comprobó, previo análisis, la poca satisfactoria calidad de la leche que se distribuye en algunas escuelas de esta Capital, proyectó la organización de una cooperativa entre las mismas que les permitiera una mayor economía, una mejor distribución de sus fondos y un mayor alcance de sus funciones por el abaratamiento de los productos ante la adquisición por grandes cantidades a la vez que el mejoramiento de los mismos, pero diversas causas, entre las que no ha faltado la incompreensión de las que se pretendía beneficiar, la obligaron a aplazar para mejor oportunidad su propaganda.

A pesar de todo, los beneficios que prestan son alentadores. La comisión lamenta no haber podido conseguir mayores datos por falta de información de las interesadas, pero pueden servir como ilustrativos los que toma del informe presentado a la superioridad respectiva por el inspector de enseñanza primaria de la provincia de Buenos Aires, señor José F. Santamarina, y correspondientes al año 1934. Según éste, las 1.378 cooperadoras que funcionaban dicho año en el territorio citado invirtieron de los fondos por ellas recolectados 137.974 pesos en la provisión de leche y pan para los alumnos, 175.092 en ropas, calzado, libros y útiles para escolares y 4.582 como contribución al Estado para refección de edificios, compra y arreglo de muebles, adquisición de ilustraciones y aparatos de enseñanza, fomento de biblioteca infantiles, realización de fiestas patrias, etcétera. En total: 337.650 pesos.

Esta comisión considera que las cooperadoras escolares, por hallarse formadas de padres de alumnos y vecinos de las localidades y barrios en que funcionan, constituyen, no solamente un lazo de unión entre los hogares y las escuelas, sino que conocen o pueden conocer las verdaderas necesidades de los niños en edad escolar y las que, por su propio interés y por el interés de las comunidades a que pertenecen, las más capacitadas para administrar con justicia y honradez, los esfuerzos de la beneficencia, ya venga con carácter oficial, o ya surja del esfuerzo popular. Cree, sinceramente, que será obra de buen gobierno contribuir a su fomento y fortalecimiento mediante subvenciones proporcionales a las necesidades de su radio de acción, con la condición de que rindan cuenta documentada de las inversiones que podía reglamentarse, pero dejándoles la libertad de su organización y sin tender, en ningún momento, a convertir las en meros resortes del Estado.

Para la mayor eficiencia y justicia, la comisión se hace un deber en recomendar, en principio, el procedimiento seguido por la Federación de Cooperadoras de Bragado, la que ha creado un registro o padrón de padres en donde se anoten las condiciones económicas de sus hogares, recogidos con la imparcialidad, minu-

ciosidad y discreción que ésta emplea y que tan excelentes resultados le da, según los informes recibidos.

La comisión considera que no satisfaría las informaciones que se le han encomendado, si no considerase el segundo aspecto del problema señalado al principio, es decir, el de su solución permanente para que no pese en lo futuro la angustia que cada comienzo de año escolar llueve sobre la tranquilidad pública. Procurará ser lo más breve posible y que permite el estudio de esta faz.

A pesar de todos los encomiosos esfuerzos realizados hasta hoy por la beneficencia, y los que en el futuro pueda realizar, siempre que no se canse, —probabilidad que se debe calcular en la hora económica que atravesamos y en la desconfianza por el abuso que de ello se hace,— solamente alcanzará a proteger a los escolares que hoy se hallan en las condiciones anunciadas, pero el fenómeno se repetirá en el año próximo y en los que le sigan, debido a que los escolares desnutridos, enfermos, faltos de ropa y de calzado, son una consecuencia únicamente y no una causa; son un exponente de los hogares de que proceden. Y el fenómeno no es nuevo en la Argentina; existe desde la era colonial, sin que hasta hace poco los factores de nuestra vida económica lo hayan puesto en evidencia con intensidad.

En 1842, hará próximamente un siglo, ya lo señaló Sarmiento. «Todos estamos de acuerdo sobre la ineptitud industrial de nuestras masas, —dijo aquel clarividente,— producida por la falta de tradiciones de trabajo, y de la adquisición de muchas de aquellas prácticas, implementos y útiles de industria, que no son sino la aplicación de las verdades matemáticas o los principios de la mecánica», etcétera. Todavía más lejos, el doctor Juan Agustín García cita un casi olvidado informe de un comisionado del gobierno colonial en que se lee respecto a la familia proletaria: «mide sus labores por los frutos que pueden sólo desempeñarle de su contribución anual con una triste y muy escasa manutención de su familia, que tal vez está en cueros, sin trato civil, ni salir a luz pública por su extremada desnudez». Pues bien, esa ineptitud para la industria ha continuado siendo una pesada carga para nuestro país, casi invisible a causa de la simplicidad un tanto primitiva de nuestras industrias, el escaso movimiento de nuestro comercio, la falta de los grandes capitales, la ausencia de las máquinas o sea los más modernos y complicados instrumentos del trabajo y de la dependencia del extranjero evidenciada por nuestras importaciones. Pero los acontecimientos mundiales de nuestro tiempo han acelerado asombrosamente el ritmo de nuestra vida. La fecundidad de nuestra tierra, el aseguramiento del orden en ella, la intranquilidad y la desconfianza reinantes en las viejas naciones, ha hecho que se volcaran sobre la nuestra hombres de acción y con aptitudes de dirigentes, capitales, máquinas, intensificando y mejorando nuestras industrias, creando nuevas, fortaleciendo nuestro comercio de exportación, elevando el *standard* de vida y exigiendo a nuestros habitantes, que deben ser los colaboradores obligados, una capacidad que no poseen porque no se les ha formado; de aquí que la gran masa argentina, aquella que señaló Sarmiento y que subsistía, la masa del gañán no libertada de su incapacidad, sintiera más que nadie los efectos, pues ha debido ser descartada de las nuevas labores productivas. Y esa es la que engendra la otra, la que hoy nos preocupa casi exclusivamente, de niños en vísperas de ser escolares, de escolares, de jóvenes conscriptos, desnutridos, desnudos, presas de enfermedades diversas, analfabetos o casi, cuya infelicidad social va preparando el terreno para la ger-

minación de los peores pensamientos y sentimientos: el odio al orden constituido que es el viejo desprecio a la ley, el robo, el asalto, el homicidio, si no le damos las aptitudes industriales que le hacen falta para atemperar la violencia de sus aspiraciones a la vida.

De acuerdo con estos antecedentes, que son las causas o la verdadera incógnita del problema cuya solución se busca, la comisión considera que lo que más conviene, en beneficio de esos niños y en beneficio de la dignidad y de la soberanía nacionales, así como de la tranquilidad pública dentro del sistema democrático evolutivo que nos rige, es crear en los mismos, y contemporáneamente a la acción de la beneficencia, la capacidad productiva de que carecen los padres, a quienes es ya tarde para dársela en su inmensa mayoría.

Pero para eso se hace necesario torcer el rumbo de nuestra instrucción pública, de la primaria en adelante, en la cual rige todavía la organización que hace cien años le diera Rivadavia: la escuela primaria como base para la secundaria y ésta para la universitaria y en la que prima el principio literario por no decir verbalista, de todo lo cual estamos hoy recogiendo los amargos frutos, a pesar de que en cincuenta años de imperio de la ley de educación común se ha suprimido el 50 % del analfabetismo que en 1810 nos legó la colonia; la ninguna formación de aptitud técnica que se adquiere en la enseñanza secundaria, a pesar de que por las aulas de los cincuenta y ocho colegios oficiales con 604 divisiones de cursos, pasan 20.309 alumnos, 10.659 más por las de los incorporados (Estadística Oficial 1932-1933), y la intranquilidad en que desarrollan las clases de la universidad por la desorientación en que vive la juventud y ante el nebuloso porvenir que la plétora de diplomados doctorales les depara para el porvenir, fenómeno que ya han denunciado públicamente varios presidentes de estas instituciones. Esta orientación ha hecho su época con todo éxito en los tiempos que quedan atrás cuando el romanticismo literario primaba en todos nuestros actos, cuando el capitalismo y el maquinismo no habían hecho sentir su influencia: preparó la clase dirigente que organizó la política del país, curó los males de la anarquía por el levantamiento del índice cultural, salvando así la independencia nacional, estableció el orden al amparo del cual se preparó la hora de hoy, afianzó los prestigios de la República en el derecho internacional, etcétera y por ello debemos recordarla con respeto. Pero esa época ya pasó en la evolución de la vida. Estamos ahora en el balanceo de la economía social, mar en el que se ahoga el que carece de aptitudes para responder a sus exigencias.

Se propone la idea de crear trabajo. No es mala. Pero cabe preguntar: ¿quién va a realizarlo? Porque el trabajo ha de responder a las necesidades de la época y en una medida que no es inagotable y porque, ya lo hemos dicho, la causa de la desnutrición de los escolares, la gran masa de padres, carece de la aptitud exigida para que rinda frutos.

Se habla hoy otra vez de las aldeas escolares, y decimos otra vez porque hace ya varios años que se propusieron a las autoridades y se divulgaron los proyectos sin que nada se haya hecho. Es también una buena idea. Podrá oponérsele el sentimiento por la separación del hogar en que nacieron y sobre todo por el alejamiento del cariño de la madre, muy respetable, por cierto; podrá aducirse que la patria potestad es un derecho garantizado por nuestras leyes.

Pero hay que considerar que los hogares no pueden mantenerlos por razones económicas y los condenan a la muerte, o por lo menos a una degeneración, mientras

que las escuelas hogares o aldeas escolares pueden volverlos al mismo hogar con capacidad para afrontar la vida y para ayudar en su ancianidad a sus padres. Y entonces, será sabia la aplicación del adagio popular: «Cuando hay hambre no hay pan duro». Pero si la aldea ha de concentrar los niños para someterlos al régimen educacional reinante y ha de devolverlos al hogar sin aptitudes para realizar un trabajo que les reditue provecho, entonces, será inútil su concentración, será continuar con una ligera variante la acción de la beneficencia, que alivia pero no cura.

Estas ideas no son nuevas para la honorable junta. Uno de sus miembros, firmante a la vez de este informe, el profesor Whérfield A. Salinas, las expuso en «La Razón» del 9 de marzo próximo pasado, y la junta las hizo suyas al aplaudirlas en la sesión del 11 del mismo mes. Han tenido eco en las columnas de «La Prensa», del 7 de abril y en «La Nación», de hoy martes 4 de mayo, en las notas editoriales. Las sociedades populares educadoras que forman en las filas de la federación y mantienen universidades populares o escuelas de puertas abiertas, procuran practicarlas en la medida que lo permiten sus recursos y la gratuidad de su esfuerzo, lo mismo que las escuelas complementarias creadas por el Consejo Nacional de Educación, en esta Capital, lo mismo que las escuelas de artes y oficios sostenidas por el Ministerio de Instrucción Pública y algunas meritorias instituciones privadas, lo mismo que las de agricultura, que se hallan bajo la dirección del ministerio de este ramo. Pero hace falta que estas instituciones se divulguen fuera de los centros urbanos en que hoy funcionan, se adapten a las necesidades de la región a que sirvan, aprovechen en cada una las producciones que tan generosamente ofrece nuestro suelo en sus entrañas y en su superficie y que están esperando a los hombres capacitados para crear la propia industria que nos independice de otros países productores más comprensivos, que forme el espíritu cooperativista que ha de ser la coraza defensiva de la propia producción y que den, en la medida necesaria y dentro de los grados en la escuela del trabajo, no títulos o diplomas, sino elementos aptos para la producción exigidos por la nueva época.

El orden primario, sin descuidar el cultivo armónico de las facultades como manda la pedagogía, sin dejar de estudiar las aptitudes naturales que evidencie el niño para orientar y fortalecer las más arraigadas y las que más convengan a la economía general, debería ya dar verdadera importancia a los trabajos manuales prácticos, que la juventud puede aprovechar en seguida en su mejora, de cuyos detalles no puede ocuparse esta comisión.

El problema, como se ve, es complejo. Por un lado hay que salvar de su situación a los escolares de hoy; por el otro, a los hogares de mañana. La comisión no desea ser más extensa, pero considera indispensable como final de su informe, señalar un hecho extraordinario, que no solamente viene en apoyo de sus ideas, sino que revela lo que con su aplicación ha conseguido la comprensión de una maestra argentina.

En Arizona, departamento San Carlos, provincia de San Luis, —de acuerdo con una información de «La Nación», aparecida el 24 de marzo, —funciona desde hace poco tiempo una escuela nacional de la ley Láinez, que dirige la señora María Angélica Aloisi de Mathé. «Es aquella, una zona de travesía, que es decir árida y sin cultivo, situada a 70 kilómetros de la más próxima estación ferroviaria. Campos cubiertos de gruesas capas de cenizas volcánicas la rodean—, dice el corresponsal



informante—. «La tierra es yerma. Flota sobre el paisaje una penosa desolación. Y allí, teniendo que luchar a diario con la áspera infecundidad del suelo, hace 4 años que ha surgido como un hogar maravilloso la escuela nacional número 271». Oigamos ahora lo que dice de la labor desarrollada: «La acción de la escuela se pone de relieve en la preparación de los pequeños educandos y en las enseñanzas morales que se les inculca. Aprenden a respetar a la patria, a sus padres y compañeros. Realizan una actividad metódica barto distinta de las que realizan en las ruinosas cabañas de sus mayores.»

Porque en esa triste región se ha formado una escasa población, que vive al margen de la higiene en pésimos ranchos, analfabetos, luchando con la miseria y la degeneración. ¿Qué hace esa maestra? Cumple sus obligaciones con el Estado que le paga, llenando los programas de los dos únicos grados que tiene el establecimiento, con niños y jovencuelos de todas las edades. Pero llenadas esas tareas, destina su tiempo a crear en sus alumnos la capacidad de producción con la colaboración de su esposo, don Antonio L. Mathé; y es así como han llegado a domar la hosquedad de aquella tierra para obligarla a germinar, de que es prueba la huerta que cultivan; allí, además, aprenden la economía y manejo civilizado del hogar, fabrican pan, cinturones, cinchas,

cepillos, hilan la lana, tejen mantas, fabrican vestidos y crían aves. Como en los ranchos de sus mayores falta el alimento y los niños se crían escuálidos de cuerpo y de inteligencia, la directora ha hecho algo más: ha cobijado en su hogar, alojándolos y alimentándolos por el esfuerzo solidario de los mismos, a 12 alumnos de primer grado y 34 de segundo. Eso, es la seguridad de su subsistencia, es la felicidad de los niños y de los padres y es, en ese pedacito de tierra tan hostil que se transforma por el esfuerzo inteligente de una maestra comprensiva, la solución del problema de los niños desnutridos de hoy con perspectivas a los hombres de empresa de mañana.

¿Por qué no se intenta y practica lo mismo en todas las escuelas de las campañas, de las faldas de las sierras, de los valles y hasta de los mismos centros urbanos? Parece a la comisión que ésta sería la mejor política a desarrollar por los gobiernos de nuestros pueblos.

Y al dar punto final a su informe, la comisión declara que ha puesto su mejor empeño en satisfacer el pedido hecho por el señor senador Palacios.

Saludan respetuosamente al señor presidente.

*Whérfield A. Salinas.*

*José Alarcón.*

Buenos Aires, mayo 5 de 1937.